

DINÁMICAS HUMANAS E IDENTIDAD CRISTIANA EN EL ITINERARIO DE FORMACIÓN : DE LA IMAGEN A LA SEMEJANZA DE DIOS

*Hno. Anani Valère ADONSOU
Distrito del Golfo de Benín*

6.1 Introducción

Las tres exhortaciones post-sinodales consagradas a los diferentes estados de vida en la Iglesia tienen un lugar importante en la formación (Juan Pablo II 1988, 1992, 1996). Al abordar este asunto, su objetivo es ofrecer puntos de referencia para que cada cristiano, según la especificidad de su estado de vida, pueda responder plenamente al llamado recibido del Señor. La misma preocupación está en el centro del Cuaderno MEL 51, p. 5, que habla del “Marco Común de Referencia” para “la formación lasaliana para la misión”.

Nuestras sociedades hoy, sean cuales sean sus especificidades y sus lugares geográficos, están bajo la fuerte influencia de la globalización. Esta tiene un fuerte impacto en las culturas que se influyen mutuamente. El Papa Francisco (2013, n° 62) señala que “en muchos países, la globalización ha significado un acelerado deterioro de las raíces culturales con la invasión de tendencias pertenecientes a otras culturas, económicamente desarrolladas pero éticamente debilitadas”. También, el temor de ver debilitadas y destruidas sus raíces culturales conduce a los individuos y a los grupos humanos al repliegue identitario. Esta voluntad de conservar la originalidad del grupo de pertenencia da lugar a formas de comunitarismo en las que la identidad puede llegar a ser mortal (Maalouf, 1998).

Por otra parte, las vidas individuales y las instituciones deben situarse en relación a las ideas de la posmodernidad. Ésta exalta la primacía de la subjetividad en la que el yo y sus diferentes capacidades de expresión tienen un lugar preponderante. El individuo es reenviado de manera soberana a su libertad y se le instruye para gestionar su vida en una burbuja de autonomía.

Las religiones no escapan al fenómeno de la globalización y a las ideas fuerza de la era posmoderna. En el caso del cristianismo, los fieles tienden a determinarse en relación a la soberanía de la libertad del sujeto. Asumiendo esta soberanía, adaptan el magisterio a sus conveniencias personales. De hecho, la reivindicación de la autonomía soberana en sus propias decisiones viene del alejamiento a toda institución tal como lo propone la posmodernidad.

La persona humana es un ser de necesidades, de deseo y de voluntad. Es un ser en relación. Su encuentro con los otros es el lugar de la expresión de sus afectos. ¿Por cuáles modalidades estas características pueden encontrar su mejor expresión a través de la propuesta cristiana en general y de los recursos evangélicos en particular?

La referencia última para el cristiano es la persona de Cristo. De la misma manera, ser cristiano se refiere a estructurar la persona en todas sus dimensiones y desarrollar la propia existencia dejándose constantemente guiar por su vida y su mensaje. Para el cristiano, la

manifestación de su pertenencia a Cristo es la traducción en acciones de lo que ha aprendido de su Maestro.

Nos proponemos invertir este cuestionamiento situándolo en el contexto de dos marcos que se complementan. El primero, mas global, es el misterio de la encarnación de Cristo en el que se revela a la vez como hombre y como revelación de la imagen de Dios por excelencia. La contemplación de Cristo en el Evangelio es, para el cristiano, el modo más cierto para edificar su ser de testigo de Dios y dar la plena medida de su humanidad. El segundo marco es el que Ricoeur llama “la fenomenología del hombre capaz” (Ricoeur, 2005). En ella, nosotros nos centraremos particularmente en uno de los modos de esta capacidad: “poder narrar y narrarse”. Nuestro interés es profundizar en el hecho de que, en el acto individual de “narrarse”, “la identidad personal se proyecta como identidad narrativa” (Ibid, p. 163). Ella además le da darse cuenta de la forma en que “la historia de su vida se mezcla con la de los demás” (Ricoeur, p. 168).

En este doble marco, el ser humano será fundamentalmente considerado como “ser en relación”. Relación que será declinada en diferentes ejes¹ en torno a los cuales la formación debe realizarse:

- Relación consigo mismo, permitiendo tomar consciencia e integrar las realidades de su vida psíquica en los diferentes niveles (racional/espiritual, psicosocial y psicofisiológico).
- Relación con los demás, que comprende la apertura a los demás e implica la mediación en el acompañamiento².
- Relación con las instituciones, a saber la comunidad, la congregación y la Iglesia.
- Relación con las realidades sociales y culturales. Estas participan de la visión del mundo de la persona y tienen impacto en su vida.
- Relación con el ambiente respetando el equilibrio de los diferentes seres que lo constituyen (Benedicto XVI, 2015, nº 68). Relación que además contribuye a “la expresión de nuestra identidad” (Ibid, nº 147).
- Relación con Jesucristo como matriz de la vida interior, del ejercicio del discernimiento y del espíritu de fe y de celo.

El cristiano, integrando estas formas diferentes de relación en su itinerario de formación, se preserva de ser una persona dividida y de vivir una existencia fragmentada. Más aún, dará consistencia a su identidad de discípulo de Cristo. Una identidad que refleja su humanidad, fecunda de los frutos de su opción radical por Dios al ejemplo de Cristo.

Agruparemos los diferentes elementos de estos ejes en dos grandes polos de la formación:

- las convicciones antropológicas al servicio de la formación; y
- la formación de Cristo a los elementos de la identidad cristiana en los Evangelios.

Los recursos lasalianos en la estructuración de la formación como polo carismático constituirá un eje transversal a los otros dos.

¹ Estos ejes pueden asemejarse a los principios de la formación para la misión lasaliana desarrollados en el “Marco de referencia común”, Cuaderno MEL 51, pp.9-16.

² *Gaudium et Spes* subraya que “El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”. (GS, 12 § 4)

Nuestro proceso tiene como orientación una antropología abierta a la trascendencia. Su fundamento reside en el hecho de que Dios a creado al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26). Se trata de resaltar que en los dos elementos de esta identidad original, hay un “ya” y un “todavía no”.

6.2 La Identidad Humana: un Don y un Itinerario en Construcción

Entendemos la identidad en el sentido que es construida por el sujeto en tanto que miembro de una sociedad y en diálogo con los otros en una comunidad cultural. Los relatos bíblicos nos hacen descubrir los elementos de la verdadera humanidad que Dios quiere para el ser humano.

“La Biblia no es una teología para el hombre, es una antropología para Dios” ... Es decir, la Biblia no es en principio una visión de Dios por el hombre. Es más bien una visión del hombre por Dios. Es Dios quien revela al hombre quién es”. (CHENU, 1975, pp. 83-84)

En este sentido, los datos de las dos fuentes, antropológicas y bíblicas, serán ambos tomados en cuenta en esta parte para iluminar la identidad humana.

6.2.1 La relación consigo mismo

“No se da formación verdadera y eficaz si cada uno no asume y no desarrolla por sí mismo la responsabilidad de la formación. En efecto, ésta se configura esencialmente como «auto-formación»” (Christifideles Laici, Juan Pablo II, 1988, n° 63). “La formación es una propuesta que requiere una respuesta y una disponibilidad. El Lasaliano asume la responsabilidad de su propia formación” (Cuaderno MEL 51, p.11).

El ejercicio de esta responsabilidad primera se realiza en un itinerario. Dado que una de las funciones de la formación es ser transformadora, este compromiso requiere de la persona actualizar el conocimiento que tiene de sí misma. La persona está llamada a responder a la pregunta “¿Quién soy yo?”. Un cuestionamiento cuyo fin es expresar quién se es. La persona debe poder decirse a ella misma la manera en la que se percibe, lo que la caracteriza, lo que vive. El interés de este autoconocimiento es poder evaluar continuamente durante el proceso la situación real de los diferentes niveles de la vida psíquica.

Para realizar de manera fructífera esta evaluación, la persona necesita dos tipos de referencia del ser humano.

a. Tomar consciencia de las raíces de su identidad

Se trata aquí de la naturaleza y de las estructuras del ser humano tal como las ciencias humanas y particularmente la filosofía y la teología, iluminadas por la palabra de Dios, nos las revelan. Conocer lo que caracteriza al ser humano es una primera etapa para comprender luego las grandes leyes de su funcionamiento.

La grandeza del ser humano. El salmo 8 dice del ser humano que Dios lo ha hecho casi un dios, coronándolo de gloria y dignidad. Esta grandeza del hombre se puede percibir en una lectura atenta del libro del Génesis (cfr. Gn 1,26-27). En ese análisis, se revela la naturaleza profunda del ser humano. El versículo 26 indica dos de sus elementos: “imagen” y “semejanza”. Pero en el versículo siguiente, ya no se menciona la “semejanza”. El ser humano es creado a la imagen, pero no a la semejanza de Dios. Si ha sido creado a la imagen, él debe ser hecho a la “semejanza”. En su ser profundo, la constitución de su naturaleza, la

imagen de dios es pues la marca indeleble. La semejanza corresponde a una actualización de las potencialidades de la imagen. En otras palabras, la imagen implica facultades que el ser humano debe orientar hacia Dios.

La identidad verdadera del ser humano es don y conquista. Lo que él debe ser le es ya ofrecido pero su realización exige su propio compromiso. El dinamismo para acceder a esta semejanza será un diálogo entre dos libertades: la de Dios y la del humano. Dios revela al humano los rasgos de su rostro pero el hecho de acogerlos le corresponde a su propia decisión. El humano realizará su humanidad a través de las múltiples opciones de su existencia.

Esta visión del ser humano da una orientación al cristiano en su formación: una iniciación de crecimiento, de auto-invencción en Dios. La semejanza le da una orientación, una perspectiva de crecimiento que supone cooperación.

El ser humano llamado al sosiego de Dios. Dios se revela como sosiego (Gn 1, 1-31), durante seis días Dios organiza el mundo y crea las condiciones de la vida. Luego de haber dominado “el caos y las fuerzas de la muerte” (WENIN, p. 43), Dios descansa el séptimo día (Gn 2, 3). *“El ser humano realiza la imagen de Dios no sólo por el dominio de la tierra, sino sobretudo por el sosiego de ese dominio. Es imagen de Dios cuando domina su propia facultad de dominar, abriendo un espacio a lo que no es él mismo para convertirse en artesano de un mundo de vida y de paz”* (WENIN, p. 44).

Jesús confirma esta imagen de sosiego de su Padre. *“Vengan a mí, todos los que están agobiados y agotados y yo los aliviaré. Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón. Encontrarán reposo pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera”* (Mt 11, 28-30). Estas son las disposiciones del corazón de Jesús. El discípulo puede seguirle en esta vía viviendo las bienaventuranzas de la mansedumbre tanto en su relación con cada ser natural como con los otros seres humanos (Mt 5, 4).

Un Dios que quiere que el ser humano sea libre: el llamado a Abraham. En el acto de la creación, Dios muestra que se ubica como libertad, de cara a otras libertades. “Él desaparece para dejar surgir otras libertades” (Varillon, p. 158). Esta posibilidad que Dios ofrece a los otros de ser autores de su propia existencia toma mayor relieve en el llamado que dirige a Abraham: *“Ve, sal de tu tierra, de la casa de tu padre y ve a la tierra que yo te mostraré”* (Gn 12, 1). “Va” o “sal” acreditan la imagen de un Dios libertador. Dios no llama hacia él, en el sentido de que quisiera apropiarse del hombre, de someterlo. La expresión “sal” va en el sentido de *“¡invéntate a ti mismo! Descubre lo que te hace único”*. Dios lo llama a su dignidad de creatura libre. Abraham es invitado a una ruptura radical. Para ser proyecto de Dios, necesita salir de las tres “envolturas” más necesarias al ser humano: su tierra natal, sus seguridades materiales y finalmente la casa paterna con sus múltiples características (historia, religión, usos y costumbres...) (Balmory, 1986, p. 151).

Separarse indefinidamente es la misma ley que Jesús propone a sus discípulos (Lc 9, 57-62). Ley que ha estructurado su propia vida desde su juventud (Lc 2, 41-49). Esta ofrece inmensas posibilidades al discípulo que la integra en su existencia. En este itinerario, él hará la experiencia de su fragilidad.

Un Dios frágil y vulnerable: una imagen que el ser humano debe interiorizar. En tanto que Trinidad, el Dios cristiano es una comunión de personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen identidades propias y únicas. Ninguna de sus identidades puede reducirse a la de los

otros. A pesar de su originalidad, la apertura al otro se realiza. Éstas están en una “autonomía relacional”. Cada una de las tres Personas de la Trinidad puede contar con las otras dos. Este vínculo y esta dependencia recíproca en el núcleo de la Trinidad constituyen una primera expresión de la vulnerabilidad de Dios. La vulnerabilidad se entiende como el hecho de estar expuesto a lo que no depende de sí y que está fuera de nuestro control y dominio.

Esta exposición al otro en el seno de la Trinidad alcanza su cumbre en el acontecimiento de la encarnación. El Hijo se expone a la vez a las realidades del mundo físico y a los seres humanos. Su vida está sometida a los límites del tiempo y del espacio. Se inscribe en las vicisitudes de la condición humana. Existencialmente ligada a la de los seres humanos, la vida del Hijo se encuentra en la posibilidad de ser herida. Dios da a los seres humanos, en su Hijo, un modelo ejemplar para la manera de vivir su existencia. En el Hijo, el ser humano puede descubrir las modalidades de expresión de lo divino en él. A través del misterio de la encarnación, la vulnerabilidad se presenta como un moneda de dos caras: herida y bendición. Esta doble característica de la vulnerabilidad, herida y bendición, expresa la naturaleza del amor.

Dios es vulnerable porque es Amor. En el amor, no hay un control sobre el otro. El otro no se posee. El amor se presenta como alianza en la que el otro se da a descubrir y a ser acogido. La alianza es la relación en la que cada parte está en una postura darse a sí mismo y de acoger al otro. Es acogida del otro: dejar al otro ser él mismo. La vulnerabilidad es el lugar del descubrimiento de la grandeza de Dios. Esta grandeza reside en la expresión de su amor, por el don total de su Hijo por la salvación de sus hermanos. Dios herido, en agonía, sometido a la prueba de la muerte para mostrar la esencia de su ser: amar hasta el extremo.

Dios muestra el camino de la grandeza a los seres humanos a través de la vulnerabilidad. El ser humano desde su nacimiento está expuesto al mundo y a los demás. Esta apertura es la fuente de su vulnerabilidad, pues no puede tener el dominio sobre todos los imponderables de su existencia. Así, es vulnerable y experimentándolo en las realidades humanas más diversas: enfermedad, traición, mala suerte, fracaso, compromiso en una obra, una causa...

Dios se revela como sosiego, lo hemos dicho, en referencia a su acción creadora. Crea sin violentar la naturaleza limitando su poder en este acto. Así, Dios se revela a sí mismo, además de la relación con el otro, la segunda componente de la definición de vulnerabilidad: la apertura al mundo. En relación a los problemas ambientales³ de nuestro tiempo, el ser humano debe preguntarse lo siguiente: del mismo modo que el ser humano ha reconocido su fragilidad de cara a su semejante y se ha protegido por un “contrato social”, ¿no debe hacer lo mismo con la naturaleza a través de un “contrato natural”? (Serres, 1990, p. 64) El contrato natural es una exigencia para el hombre de renovar el vínculo con lo que ha considerado como un simple instrumento y elevar el “ambiente” al mismo nivel que él: un ser natural vivo que merece respeto y ser tomado en cuenta.

b. Integrar los tres niveles de la vida psíquica

Observando al ser humano, los hechos muestran que es un compuesto complejo. Vive a tres niveles (Galindo, 1998, pp. 13-18; Compaore, 2009, pp. 7-11): psicofisiológico (dimensión

³ La deterioración de la capa de ozono, el calentamiento global, la disminución de la reserva de carbono con la destrucción de los pulmones verdes, los nichos ecológicos, que son los bosques de la Amazonia y de África Central.

física, corporal), psicosocial (lado social, afectivo), y racional/espiritual: las facultades del espíritu (inteligencia, memoria, imaginación... trascendencia).

Estos tres niveles no son estados puros ni compartimentos aislados, sino que se complementan, interactúan y se influyen. Siendo distintos, funcionan simultáneamente y en sincronía. Para adaptarse o defenderse, una persona puede privilegiar o excluir un nivel de manera provisional o definitiva. Esta actitud, si no es consciente, vendría del inconsciente. La vida normal implica una tensión conflictiva entre los tres niveles. Cuando la integración de estos niveles no se logra, es que aparecen síntomas más o menos severos de inmadurez y de patología. Conocer estos niveles permite actuar sobre las fuerzas vitales que se expresan a través de ellos. Toda persona tiene elementos positivos a partir de los cuales puede construir el ser humano en el que debe convertirse.

Nivel psicofisiológico. Es la dimensión física, corporal, tomada con todos sus elementos constitutivos, sus funciones orgánicas y sus múltiples potencialidades. Es igualmente el lugar de todas las energías incluidas las fuerzas físicas sexuales. Constituye el canal de expresión de ciertas emociones y de ciertos instintos. Los estados físicos, de bienestar o de malestar que se expresan ahí en respuesta a los estímulos internos o externos, dependen de la satisfacción o no de algunas necesidades fisiológicas fundamentales del organismo: sueño, nutrición, descanso, cuidados...

La satisfacción de las necesidades básicas es necesaria para el mantenimiento y la preservación de la vida del ser humano. Puede renunciar a ciertas necesidades no necesarias para la subsistencia.

El cuerpo está estrechamente ligado a la vida intelectual, afectiva y espiritual. Éste participa a la concretización de mis afectos, de mis deseos y de mis ideas. Una espiritualidad bien vivida debe pasar por un cuerpo sano, un cuerpo que es aceptado, escuchado y cuidado sin obsesiones. No se puede reflexionar sobre la condición carnal del ser humano sin desembocar en su lugar en lo social y lo político. El cuerpo está siempre socializado y politizado. El cuerpo es utilizado en las prácticas de seducción y dominación.

Nivel psicosocial. Este segundo nivel corresponde a la actividad psíquica ligada a la necesidad de desarrollar relaciones sociales, de estar con los otros. La motivación fundadora es la consciencia de la persona de ser limitada. Esta insuficiencia ofrece una oportunidad para el encuentro. La persona siente pues la necesidad del otro. Esta es la fuente de nuestras diversas relaciones interpersonales. La persona desarrolla aquí la colaboración y la amistad, el amor conyugal, parental o filial. El ser humano, animal social, siente la necesidad de vivir en un ambiente afectivo hecho de proximidad y de intimidad, de don y de reciprocidad. Quiere ser actor en una comunidad de personas. Estas relaciones multiformes y a diversos grados son el lugar de la expresión de los sentimientos, de las emociones o de reacciones ligadas a la cultura, a la imagen que la persona tiene de sí misma o que los otros le reflejan.

La expresión de las cualidades del corazón de cara al otro es un indicador de los que pertenecen a Jesucristo. Signos de reconocimiento que son de hecho los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz, longanimidad, generosidad, bondad, fe, serenidad, dominio de sí (Gal 5, 22-26; Ef 4, 32; Col 3, 12-13). El perdón se puede ubicar como uno de los signos más grandes de esta identificación del cristiano.

Nivel racional/espiritual. Este nivel comprende todas las facultades del espíritu: inteligencia, imaginación, memoria... Es lo propio del ser humano en tanto que ser dotado de razón y

abierto a los valores que ordenan la vida en general y la vida moral en particular⁴. La capacidad del ser humano de tener ideales, aspiraciones y la sed de lo espiritual corresponde a esta esfera. Le permite de lanzarse en la búsqueda de la verdad, de aprehender el sentido de las cosas. De la observación de los datos sensibles, el ser humano puede elaborar conceptos, identificar leyes que los gobiernan y definir sus aplicaciones prácticas. Este nivel permite al ser humano conocer las cosas abstractas, juzgar y discernir.

La vida a este nivel libera al ser humano del determinismo biológico, del sometimiento a los bienes y de todo reclutamiento social y cultural. Crea así una nueva relación con el otro y con su ambiente: relación de respeto ante las cosas y de libertad. La orientación de su vida será así propiamente humana.

Una sinergia de los tres niveles de la vida psíquica: el principio de totalidad. Un desafío para el ser humano es poder integrar los tres niveles de la vida psíquica. Debe recordar siempre que ninguno de los tres niveles puede reducirse a los otros dos. Cada uno tiene su lógica, sus objetos propios, sus propiedades, sus funciones, sus leyes y sus soluciones. Por otra parte, todo acto psíquico ordinariamente contiene y revela los otros dos. Se comunican y reaccionan los unos sobre los otros, pero están los unos dentro de los otros. Se completan y se compensan a la vez. El aporte de cada nivel es necesario para encontrar el equilibrio. Esto es el principio de totalidad. Estas fuerzas a medida que se integran: se humanizan, es decir, no se someten a la dictadura de los instintos como en los animales; se personalizan, es decir, estas fuerzan singularizan la manera en la que la persona vive los valores del corazón; se divinizan al convertirse, por el encuentro y la unión con Jesucristo, en fuerzas de un hijo de Dios.

Estas equilibrado es llegar a servirse igualmente de todos los niveles. La puesta en sinergia de los tres niveles debe obedecer a ciertas condiciones: estar consciente de su expresión en el comportamiento y las acciones, identificar las motivaciones y referirse siempre a un ideal de vida.

c. Niveles de consciencia, de motivación e ideal de vida

La vida y el mensaje de Jesús muestran su consciencia viva en los acontecimientos. Su estado de consciencia se revela en una de sus actitudes constantes en los Evangelios: la dimensión espiritual de todas las realidades y situaciones de la condición humana.

El cristiano, tomando modelo de su Maestro, está llamado a vivir las realidades de su existencia en el mismo espíritu. El campo de su consciencia es el lugar en el que es llamado a ejercer su libertad y su responsabilidad, a optar por valores, discernir sus necesidades.

6.2.2 La relación con el otro: crecer en la relación

Luego de la creación de Adán, Dios ve la negatividad de su soledad y la pone remedio. Este relato nos da una muy bella y rica expresión de la relación Yo-Tú. Puede ser considerado como un fundamento de este tipo de relación.

⁴ Estos valores son de diversos órdenes: físicos, estéticos, éticos, afectivos, religiosos, político-sociales, económicos, valores de la salud, de la belleza, de la bondad, del amor, de la fe, del servicio, de la fidelidad, de la perseverancia, de la verdad, de la justicia, de la paz, de la riqueza...

La primera condición es una carencia, “un no-saber”. Se expresa por la pérdida de consciencia de Adán y la forma en la que la mujer es creada.

La segunda condición es una carencia que afecta la integridad. Una costilla se le quita a Adán. Así, para que un ser pueda abrirse a la alteridad, hace falta una pérdida pues “*el hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás*” (GS, n°12, § 4). La vida comunitaria contribuye al crecimiento del ser humano. “*La formación se sostiene sobre las relaciones interpersonales dentro y fuera de la comunidad educativa. Y son estas relaciones las que permiten que los miembros se formen mutuamente*” (Cuaderno MEL 51, p. 12). Esta dimensión psicosocial de la vida del ser humano está fuertemente inscrita en la misión de Jesús. La descubrimos en los cuatro evangelistas. Los discípulos, viviendo con Jesús, se inscriben en un itinerario de formación con unas exigencias de conversión a todos los niveles de su vida psíquica.

6.3 Itinerario de Formación: Luz de la Experiencia de Jesús con sus Discípulos

Los discípulos han respondido al llamado de Jesús con su cultura, su visión del mundo y sus imágenes de Dios. Han seguido a un Maestro investido de una misión: la instauración del Reinado de Dios. Al hacerse discípulos, se comprometen a compartir esta misión y a apropiarse las exigencias de su culminación. No obstante, están moldeados por una cultura humana y religiosa. Son portadores de deseos a la vez humanos y religiosos. Tienen una personalidad específica. Jesús les hace entrar en un proceso de formación alimentado por tres fuentes: el testimonio de su propia vida, su enseñanza y su acompañamiento.

6.3.1. Una pedagogía de configuración del discípulo a Cristo

Desde el inicio del Evangelio de san Marcos, Jesús formula dos imperativos a sus discípulos: convertirse y creer en la Buena Noticia (Mc 1, 14-15). Para realizar este trabajo de conversión y de acogida confiada de la Buena Noticia, Jesús les ofrece un acompañamiento. El punto de partida se indica así: “*Subió a la montaña y llamó a los que quiso. Ellos vinieron a él y él instituyó a los Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con el poder de arrojar los demonios*” (Mc 3, 13-15). Jesús ofrece a los discípulos unos elementos de configuración a su persona.

a. Acoger el Dios de Jesucristo

Un Dios liberador. Toda la vida de Jesús está sustentada, irrigada y orientada por su sentido de Dios. Un Dios liberador que ha hecho salir a su pueblo de la esclavitud. Jesús mismo actualiza desde el inicio de su vida pública esta voluntad de Dios de liberar al ser humano de todo impedimento y de toda servidumbre (Lc 4, 18-19).

Un Dios Padre y lleno de solicitud. Jesús brinda una expresión original del Dios único y da un lugar central y eminente al tema de su paternidad. Se dirige a Dios con una familiaridad desconcertante. Lo llama “Abba, Padre” (Mc 14, 36) y le dirige su oración con confianza (Jn 17, 1-26; Lc 22, 39-45). Invita a sus discípulos a entrar en la misma disposición de corazón. Les pide reconocerlo como un Dios cercano y accesible.

Un Dios tierno y misericordioso. Jesús revela a un Dios de ternura y de misericordia que manifiesta una bondad radical (Lc 15 ; Mt 20,1-15). Jesús lo encarna en su vida por la acogida de los pecadores, su fuerte sensibilidad a los débiles y a los pobres, la sanación de

aquellos que sufren y su mandamiento del amor a los enemigos (Mt 5, 44-45). La intimidad, la observación de Jesús en el Evangelio constituye un modo significativo y esencial para la formación del cristiano.

b. La formación del cristiano

Inmediatamente después del discurso inaugural de Jesús, centrado en la liberación total de los seres humanos (Jn 4, 18-21), los discípulos son testigos de milagros, sensibilizados al sufrimiento, a la bondad, a la compasión para todos los males de los hombres. Jesús comparte con ellos su aptitud para discernir los sufrimientos y las desgracias de los demás. Él los inicia a su apertura de corazón y a su ternura. Los acostumbra a la confianza en su misión de mesías. “Pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38).

Jesús reúne enseñanzas sobre el amor y la misericordia, la falta de fe y la rigidez religiosa y el inversión de valores que son las bienaventuranzas. Luego de esto, “Jesús los envía a proclamar el Reinado de Dios y realizar curaciones” (Lc 9, 2). Parece que el cristiano no puede ser testigo y servido del Reinado de Dios sino modelando su persona a la imagen de Jesús. Esto requiere que convierta su visión del mundo, su concepción de Dios. Esta conversión debe ser a la vez intelectual, cultural, afectiva, moral, religiosa y espiritual.

Conversión intelectual. “*La naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien*” (Gaudium et Spes n° 15). Se trata de ser capaces de ver los hechos de la vida, sobre todo de la propia vida interior, sin deformarlos.

La conversión intelectual es una inversión de perspectiva que hace pasar de diversas opiniones enredadas, no estructuradas y a veces incompatibles a un principio unificador y rector de la existencia. Un principio que permita al cristiano a decidirse y a actuar, no bajo la dictadura de las ideas dominantes vehiculadas por la cultura del medio, sino gracias a una iluminación clara y profunda.

Conversión moral. “*La moral es un conjunto de reglas de conducta*”. Es el arte de humanizarse plenamente. Nos ayuda a iluminar nuestras decisiones y a juzgar el valor de nuestros actos. Es una cuestión de vida o de muerte (Dt 30, 15-16). Convertirse moralmente es decidir operar y orientar las opciones sobre la base de los valores conscientemente comprendidos e interiorizados. Valores que están al servicio de la protección y de la promoción de la vida. La conciencia puede ser comparada con una “brújula interior que ayuda a discernir lo que es bueno para uno y para los demás (Cf GS, 16).

De todas formas el ser humano enfrenta el problema del mal moral, del pecado: puede ver dónde está el bien y actuar el mal. El ser humano es capaz de discernir claramente lo que debe hacer según la verdadera libertad. La conversión moral se expresa a través de la exigencia espontánea, interior, libre y abierta de la generosidad, de la compasión. En este sentido, Jesús orienta a sus discípulos proponiéndoles, entre otros, la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37)⁵.

⁵ Lc 10, 29-37 : El sacerdote y el levita están encerrados en una moral de la obligación, “una moral cerrada”, en lugar de dejarse conmover por la situación concreta de este hombre que tenía necesidad de ser socorrido.

Conversión afectiva. La afectividad tiene un lugar importante en la estructuración de la personalidad en general y de su madurez psicológica en particular. En sentido amplio, es la capacidad de ser afectado, de ser alcanzado, de dejarse tocar o conmover, de probar el deseo, el rechazo, la atracción y la repulsión. Para el cristiano, esta madurez tiene que apuntar a la capacidad de amar según el corazón de Jesús (Cfr. Benedicto XVI, 1992, n° 44). Amar según el corazón de Jesús es orientar los propios deseos, los sentimientos, las emociones, las acciones, en una relación con el otro que libera. Se trata de vivir las relaciones interpersonales como acogida, gratuidad, don de sí, respeto de la diferencia y de la autonomía... En definitiva, la conversión afectiva va a consistir en un proceso que hace evolucionar el amor en sus formas indisciplinada (EROS) y de reciprocidad (amistad/PHILIA) al amor “AGAPE”.

Conversión cultural. La cultura impacta los deseos del cristiano, sus pensamientos, sus relaciones interpersonales y sus acciones. De la misma manera, a través de la cultura expresa su vida espiritual. Esta participa pues en el logro de una verdadera y plena humanidad (Gaudium et Spes n° 53).

“Toda actividad, toda situación, todo esfuerzo concreto —como por ejemplo, la competencia profesional y la solidaridad en el trabajo, el amor y la entrega a la familia y a la educación de los hijos, el servicio social y político, la propuesta de la verdad en el ámbito de la cultura— son ocasiones providenciales para un «continuo ejercicio de la fe, de la esperanza y de la caridad»” (Juan Pablo II, 1988 Christifideles Laici, n° 59).

Conversión religiosa y espiritual. Dios se ha revelado a la humanidad como proximidad gratuita y en el don de la amor que Él es. Él llama al ser humano a la libertad y a encontrar en Él una fuente de vida nueva y plena. Este es su designio que su Hijo a llevado a cumplimiento. Esta llamada requiere una respuesta libre. Así, convertirse en sentido cristiano, es dar carne a “*el amor de Dios extendido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rm 5,5). Un amor que Jesús recomienda vivir en dos modalidades importantes e inseparables: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo*” (Lc 10,27). Todas las dimensiones de la persona son ejercidas en este amor de Dios. Esta doble cara del amor, pasión por Dios y pasión por la humanidad, ha sido vivida por Jesús de manera ejemplar. Jesús comparte la condición humana de su pueblo. El espíritu de fe lasaliano traduce bien el concepto de espiritualidad como “opción fundamental y de horizonte significativo de la existencia humana”. La espiritualidad es lo que crea la unión de todos los componentes de la existencia; les inspira y les da sentido. Vivir del espíritu de fe es “no ver nada sino con los ojos de la fe, no hacer nada sino con la mira puesta en Dios y atribuir todo a Dios (RC 22). La atención a Dios es otra expresión de la “presencia de Dios” que La Salle desarrolla ampliamente en el Método de Oración.

En el encuentro con Dios, la mira del cristiano es la obediencia a sus “órdenes” y la realización de su “voluntad en todo”. El cristiano debe integrar las órdenes y la voluntad de Dios a tres niveles: reconocerlas en todo actuar y adorarlas en todo lo que es y en todos los acontecimientos de la vida; servir de regulador y de referencia al actuar y a la conducta; y constituir la finalidad del actuar.

c. Anunciar el Dios de Jesús: la formación del evangelizador

Una vez formados al verdadero rostro de Dios revelado por el modo de presencia de Jesús con los seres humanos, los discípulos son iniciados a ser verdaderos mensajeros de la Buena

Nueva: “*Habiendo reunido a los doce, les dio poder y autoridad para arrojar demonios y sanar de las enfermedades. Él los envió a proclamar el Reinado de Dios y a curar*” (Lc 9,12). Jesús ofrece los recursos necesarios a los apóstoles para la proclamación del Reinado de Dios. Los forma al desapego y a la libertad del corazón (Lc 12, 33-35), al hábito de abandonarse al Padre (Lc 11, 11-13) y a la adquisición del sentido de la cruz (Lc 9, 22 ; Lc 9, 44 ; Lc 18, 31), condiciones necesarias para anunciar el Evangelio con toda la libertad del corazón (cfr. Lc 9, 51. 57-62).

Las exigencias para seguir a Jesús son fuertes. De aquí la incompreensión, muchas veces revelada, de los discípulos. Esto muestra que la formación del cristiano como evangelizador no es fácil. El acceso a este estado exige que la formación sea un itinerario de desapropiación de sí, de reorientación de los antiguos modos de pensar, de entrar en relación y de actuar.

6.3.2. La comunidad: una matriz formadora

Antes de haberse reunido en comunidad, cada miembro ha hecho la experiencia de un diálogo con Dios que lo ha llamado por amor. Cada uno ha dado en ella una respuesta libre en el amor. Habiendo comenzado todo en el amor por cada miembro, la comunidad tiene la tarea de continuar escribiendo esta historia primordial de amor. Primacía del amor de Dios que ha tomado la iniciativa y que debe ser la referencia para la trama de esta escritura.

a. Para ser testigo de Dios en el mundo: contemplar la unión trinitaria

La meta de la vida en comunidad no es la autosatisfacción, la búsqueda de los propios intereses, o la “santificación personal”. El cristiano integra una comunidad para buscar a Dios con sus hermano y hermanas y acoger su don, es decir, su amor. La contemplación de la comunión trinitaria debe conducir a la siguiente realidad: la belleza y la unidad de la comunidad vienen del resplandor de cada una de las personas, de la luz y del amor en ellas y de la manera en la que se aman. El cristiano está llamado a compartir este amor trinitario porque ha sido creado a la imagen de Dios, es decir, es portador de este amor. La comunidad debe reflejar este amor trinitario viviendo esta relación de don y de acogida, de apertura y de compromiso con el otro.

b. Una buena autoestima

La autoestima es el valor que se le ha reconocido como persona asumida. Está constituida por tres componentes:

El amor a uno mismo. Es el hecho de reconocerse digno de amor y de respecto a pesar de las faltas y límites. Es un amor incondicional hacia la propia persona que no depende de sus logros.

La visión de uno mismo. Es la convicción que se tiene de ser portador de cualidades o de defectos, de potencialidades o de limitaciones. El sentimiento de valor del cristiano no debe depender de lo que hace, sino de quién es en Cristo. La buena visión de uno mismo está a la base de la madurez personal.

La confianza en uno mismo. Se aplica sobre todo a nuestros actos. Confiar en uno mismo es pensar y reconocerse capaz de actuar de manera adecuada en las situaciones importantes, incluso en las ordinarias.

La autoestima y las relaciones con los demás. Existe un vínculo entre el amor a uno mismo y el amor a los otros. No se puede amar a los otros si no se ama a uno mismo. El amor a los demás tiene su fuente y su medida en el amor a uno mismo.

c. Datos subyacentes a las interacciones comunitarias

Dios convoca a los miembros de una comunidad para que vivan una fraternidad universal. Cada miembro ha seguido un itinerario humano y religioso cargado de experiencias felices o dolorosas. Estas experiencias han dado forma a personalidades específicas y originales. Para construir la comunidad para la misión, estas trayectorias de vida diversificadas deben encontrar puntos de convergencia.

Una percepción diferente de la realidad. Toda persona percibe el mundo de una manera que le es propia. A partir de las informaciones recibidas por los sentidos, la persona construye un “mapa” que constituye “su realidad”. Este no es “la realidad” sino su visión reducida. Por otra parte, cada uno vive en un universo distinto. Además, cada persona tiene su lógica propia. Una lógica que le dicta su comportamiento. En fin, nuestras experiencias son diversas. La diversidad de lo vivido de cada uno implica percepciones diferentes de la realidad y, por lo tanto, riesgos de tensiones.

Deseos de cosas diferentes. Cuando nuestras elecciones, objetivos y decisiones difieren de las de los demás, hay un choque obligado. La elección de lo que queremos ser, hacer o poseer se realiza a partir de un sistema más o menos rígido, constituido durante mucho años. Este sistema está compuesto de nuestras creencias, valores, principios y formas. Las creencias son la fuente de nuestros valores, principios y comportamientos. Pueden ser de tipo religioso o convicciones en diversos ámbitos de la vida. El desafío es la justa evaluación de su lógica, de su pertinencia y de su confrontación con la realidad.

Un valor es lo que vale a nuestros ojos, a lo que damos una gran importancia (la vida, la justicia, el amor, la libertad, la igualdad...). Se forman a partir de nuestras creencias y se expresan luego en forma de principios. Los principios son modelos, esquemas interiores que inspiran nuestras decisiones. Los expresamos por nuestro estilo (flexible, rígido, apagado, autoritario, indeciso, determinado...).

Las formas conciernen la manera en la que las cosas deben ser hechas: la organización de la comunidad, la comunicación, la misión, la oración, la recreación...

La toma de consciencia de estos diferentes elementos en su expresión a nivel individual es determinante para las dinámicas comunitarias.

d. Dinámicas comunitarias formadoras

Asumir la soledad. La comunidad es un lugar de compartir y de comunión. La comunidad debe organizarse de modo que cada miembro aprenda a asumir cada día su soledad.

A este propósito, el uso de las tecnologías de la información y de la comunicación (TICs) merece una atención particular. Las TICs han creado una nueva realidad antropológica (Rey, 2010). Esta realidad se articula sobre tres nociones. Ubicuidad: es el deseo de estar “aquí y en otro lugar”. Inmediatez: jamás esperar, contactar inmediatamente con sus interlocutores. Es el tiempo “comprimido”. Permanencia: no estar separado de los seres amados. La utilización compulsiva del celular, del Smartphone, traduce la búsqueda afectiva de relación permanente.

La realidad nos enseña que la vida está hecha de tiempos de separación, de espera y de encuentro. En una comunicación permanente, no hay más territorio, espacio de encuentro, tiempo de respiración. El encuentro que permite hacer la experiencia de la verdadera alteridad. Una experiencia en la que la presencia del interlocutor permite unos ciertos aprendizajes: el lenguaje corporal con lo que implica como gestión de la intimidad; el dominio de la oralidad y de su contenido en presencia del otro.

Así, la interioridad en tanto que medio para el crecimiento humano y espiritual se encuentra repudiado. La identidad de las personas se hace de este modo incierta o se daña. Las personas son incapaces de encontrar tiempos de respiración, de una relación consigo mismo. Un encuentro con su universo interior para mirarse desde “el exterior”, releer lo que han vivido, ajustarse, y sobre todo, encontrar a Dios. La opción por la interioridad permite evitar la superficialidad.

Aprender a tenerse confianza mutuamente. Se reconoce una comunidad cristiana en la medida en la que las personas viven y aman como Cristo. No se pueden amar unos a otros sin tenerse confianza mutuamente. Jesús, por su persona y por el Espíritu que envió, ha establecido un vínculo de comunidad entre las personas tan fuerte que éstas hacen de la comunidad una experiencia de Dios. La comunidad puede ser nuevamente lugar de esta experiencia de Dios por la calidad de comunicación, de unión y de confianza recíproca.

La comunidad, un cuerpo vivo: vivir la comunión fraterna. La atención a las características mayores de una comunidad es necesaria para su mejor funcionamiento. Un primer elemento es la pluralidad de sus miembros. Esta diversidad está acentuada además por las diferencias multiformes entre ellos⁶. La comunidad existe para un proyecto. La referencia a la Trinidad da así a la comunidad la orientación de su vida y de su funcionamiento. El manejo de la diversidad no es sencillo. La Salle la describe con fineza y recurre a la asistencia de la gracia divina para que la caridad sea preservada (Cf. MD 74,1).

La Salle, comentando la parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-35) y apoyándose en la epístola de san Pablo a los corintios, da referencias para vivir la caridad. Pues, “una comunidad sin caridad es un infierno” (MD 65, 1). La caridad se deriva en paciencia, suavidad, beneficencia, altruismo... (Cf. 1 Co 13). La comunidad dispone de una salida cuando la caridad ha faltado: la reconciliación y el perdón.

Vivir la reconciliación y perdonarse. Cada miembro de la comunidad “tiene su carga que debe llevar” (Gal 6,5), su peso de egoísmo, de pecado. Cada uno sufre sus propias debilidades y las de los otros. ¿Cómo continuar viviendo juntos sin hundirse en el resentimiento y la venganza?

Es el camino del perdón. Sólo este camino es capaz de reconsiderar, de hacer hablar la memoria y de superar el resentimiento y el deseo de venganza. El objetivo del perdón no es el de borrar el pasado, sino el intervenir en él y conferirle otro significado. El perdón libera a los miembros de la comunidad, tanto a la víctima como al culpable. La reconciliación significa el desenlace de los conflictos, la paz y la distensión.

Aprender a discernir juntos la voluntad de Dios. El cristiano ha recibido la libertad como don de Dios y Jesús le ha mostrado de manera ejemplar como vivirla. Su libertad se ha encarnado

⁶ Diferencias de personalidad, cultural, influencias educativas...

en el cumplimiento de la voluntad de su Padre. La modalidad para reconocer esta voluntad para el cristiano es el discernimiento.

La tradición lasaliano nos ofrece un estilo de discernimiento⁷ muy amplio para descubrir y realizar la voluntad de Dios (Cf. Blain, Tomo I, punto n° 9, p.192). La Salle ha mostrado en su vida que el discernimiento se vive fundamentalmente en la fe. Una fe que debe expresarse de manera individual y comunitaria. Ha puesto la Sagrada Escritura en el corazón de estos procesos de descubrir y acoger las llamadas multiformes de Dios. La Palabra de Dios es la matriz en la que los acontecimientos, las dificultades, las realidades del terrible cotidiano se iluminan encontrando el sentido y su orientación para descubrir de qué manera Dios actúa en la historia; contemplar a Cristo en la revelación del rostro del Padre para encarnarlo con fuerza; reconocer y acoger la fuerza que tiene el Espíritu para darnos vida y transformarnos.

Tantas referencias que permiten a una comunidad dedicar sus miembros en la práctica del discernimiento. La elección de las prácticas en este sentido, el acompañamiento que puede sostenerlo, son medio de formación para cada miembro de la comunidad.

Una comunidad que acoge. La comunidad es un lugar de acogida en el nombre del Señor. Esta ha acogida Dios como fuente inagotable de Amor y de Vida.

La comunidad, un lugar de anuncio y de testimonio. La comunidad está llamada a brillar por su ser, por sus palabras y por sus actos. Tiene la misión de ir hacia los otros para anunciar la Buena Noticia del Reinado de Dios.

Una comunidad orante. La comunidad es un lugar de comunión con Cristo en la Eucaristía, en la oración bajo todas sus formas y en todos los ejercicios que tienen como referencia la palabra de Dios.

6.4 Un Programa de Formación al Servicio de una Identidad Cristiana Narrativa

Hemos recordado el “mandamiento” hecho al individuo por nuestras sociedades posmodernas para “hacerse a sí mismo”. Se le pide que enfrente su pesada responsabilidad de construirse a sí mismo, de realizarse. Para el cristiano, el reto consiste en la modalidad de gestión de esta autonomía en la construcción de sí mismo. El cristiano es un “sujeto convocado” y que responde a la llamada de Dios. Está en alianza con Dios y puede relatar esa alianza. Su historia es el desarrollo de su humanización en Dios o la divinización de su humanidad. Una humanidad anclada en una cultura y que se vive con otras personas. La verdadera escucha y acogida de la Palabra de Dios van a ayudarlo a dar una coherencia a su estado de vida particular, a ejemplo de Cristo.

6.4.1 La relación de la identidad narrativa con el tiempo

La definición de la identidad personal comprende diversos elementos⁸. Además, la persona que estos elementos caracterizan desarrolla su existencia en el tiempo. Cambios multiformes intervienen en su vida. Para reconocerla, reidentificarla, hace falta una permanencia a pesar de todo lo que haya vivido (Ricoeur, 1990, p. 195). Esta permanencia, que permite identificar la persona y reconocerla como ella misma, se presenta en dos modelos.

⁷ Cf. Una comunicación del Hno. Miguel CAMPOS sobre el discernimiento lasaliano en la Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasaliana, Roma 2006.

⁸ Ascendencia y descendencia, lugar de nacimiento, cultura, educación, experiencias de vida, profesión...

El primero corresponde a todo lo que la distingue de manera única y sin confusión alguna con otra persona. Es la identidad “ídem” en latín o “mismidad”⁹. Es pues una permanencia sin cambios en el tiempo. La segunda es lo que mantiene a la persona a pesar del efecto del factor tiempo, las variaciones intervenidas en su existencia. Corresponde a la identidad “ipse” o de sí. Esta es reflexiva. La persona en la relación que tiene con ella misma se reconoce como siendo la misma a pesar de todos los cambios en su vida. La persona que ha prometido algo lo cumple aún cuando ella misma ha cambiado. Estos dos polos de la identidad permiten además a la persona relatar su vida y darle sentido: su identidad narrativa.

6.4.2 Construir su identidad relatando su vida

La identidad narrativa es la identidad adquirida, construida, gracias a la mediación del relato de la propia vida. La vida tejida por múltiples realidades, diversos acontecimientos, que el sujeto debe “tramar”, es decir, ordenar e interpretar. Este tramar va a llevarlo a una nueva comprensión de sí mismo.

6.4.3 Formase como cristiano hacia de su vida una historia

El interés de la formación del cristiano puesta en el marco de la noción de la identidad narrativa es la posibilidad que le da para confrontar su relato de vida con la Palabra de Dios, en particular con los Evangelios. Lugar de otra narración que busca asumir una identidad, la de Jesús. El relato de vida debe abrazar la totalidad de la existencia. Por tanto, los elementos constitutivos del programa de formación se ponen en relación con todos los aspectos de la vida humana: la personalidad, las realidades culturales, las relaciones interpersonales, el actuar en el mundo y la espera religiosa y espiritual.

Una formación que ayude a integrar los niveles de la vida psíquica. El verdadero yo es el centro interior en el que la persona está con ella misma. Es capaz de entrar verdaderamente en relación con los otros y entregarse a sí misma.

Una formación que ofrezca los recursos necesarios para una mejor comprensión y un análisis lúcido de las culturas contemporáneas. Esto con el fin de detectar, a la luz del Evangelio, los valores y contravalores que vehiculan.

Una formación que permite vivir la teología de la comunión. Esta incluye la relación con la Iglesia y con el Instituto religioso, la vida comunitaria, la relación con el ambiente y la misión, particularmente la solidaridad con los pobres.

Una formación que hace descubrir que la misión es un proyecto y una obra de Dios y cuya meta es hacer venir su Reinado.

En esta formación para la misión, el lasaliano asimila, a través del modelo que es Jesús, los métodos, las modalidades, los lugares y los nuevos “areópagos”. Al final, la realización de la misión se hace en formadora y transformadora.

Una formación que inicie a las diferentes formas de oración, al ejercicio de la mirada de fe y a una espiritualidad integrada¹⁰. Se trata de “ver a Dios en todas las cosas”, es decir,

⁹ Lo que el inglés traduce por “sameness”.

¹⁰ Así es la espiritualidad lasaliana que permite unificar todas las dimensiones de la existencia.

reconocer su amor en acción en el mundo. Vivir en todo bajo la mirada de Dios es la perfecta antítesis del secularismo.

6.5 Conclusión

La formación depende al inicio de la disponibilidad y de la responsabilidad del cristiano para asumirla personalmente. Ésta lo compromete a ponerse en un itinerario de construcción de su identidad que ha recibido fundamentalmente como don. Don de ser imagen de Dios y caminar, contemplando los rostros de Dios revelados en Jesús, hacia su semejanza. Así, construye su identidad, no en el sentido de la autorrealización proclamada por la posmodernidad, sino en una apertura a la Alteridad. El Otro que se pronuncia en plural.

La identidad a construir es la de una persona que integra todos los niveles de su vida psíquica (psicológica, psicosocial y racional/espiritual) y los vive al ejemplo de Jesús, el hombre en el que Dios se ha revelado. El cristiano se forma repentinamente a este proyecto liberador de Dios inspirándose en el modo en que Jesús lo realiza. El lasaliano además se beneficia del ejemplo iluminador del “itinerario evangélico” de Juan Bautista de La Salle.